

Las mesas estaban una al lado de la otra.

—Buenos días, dijo Michaud.

Santa le dió la mano, como tenía de costumbre, y Michaud la cogió temblando, y se la acercó á los lábios.

—¡Qué cinismo! murmuró el cabo de gendarmes.

Santa no podía sospechar que Michaud conociera la escena del jardín.

El señor Lesguidou saludó galantemente á María Ana y á su hija.

A creerle bajo su palabra, no había en toda Bretaña un partidario más entusiasta de los Kerandal que él.

Al levantar Santa la cabeza y ver en otra mesa al capitán Estrelles, palideció y estuvo á punto de desmayarse.

El capitán y sus huéspedes no se fijaron en este detalle.

Pero para Michaud no pasó inadvertido.

Y al mismo tiempo que Santa se puso pálida de angustia, él se puso rojo de cólera.

El capitán cambió una mirada de inteligencia con Michaud.

Aquella mirada quería decir:

—Ya lo veis. He acudido á la cita puntualmente.

El general dió un pisotón al capitán y le señaló á Santa.

—Ahora me explico por qué habeis querido que os

acompañe á Elven. Ha sido para enseñarme vuestra conquista. ¡Buena muchacha! Recibid mi enhorabuena.

—Bretaña es el país que tiene mejores vistas, le contestó el capitán sonriéndose maliciosamente.

Y llamando con la mano á quien quería pagar con buenas palabras el servicio que le había prestado, añadió:

—General, os presento á una de las autoridades militares del país, al cabo de gendarmes Michaud. Os agradecería que le recomendárais á su jefe.

—¡Buen soldado! exclamó el general mirando á Michaud de la cabeza á los pies. ¿Dónde habeis conocido al capitán?

La respuesta de Michaud aumentó la ansiedad de Santa.

—He tenido el honor de cazar con el capitán, dijo Michaud.

—¿Dónde? preguntó el general.

Michaud miró de soslayo á Santa, que le devoraba con los ojos.

—En los alrededores, mi general, repuso Michaud: en Penhoet.

Santa se dijo, transida de espanto:

—¡Lo sabe todo!

El señor Lesguidou parecía completamente extraño á esta escena; pero, sin embargo, no perdió ni el más insignificante detalle.

El conde de Presle comprendió que en el diálogo del capitán, el general y el cabo, había un secreto, pero no consiguió descifrarlo.

Aquella joven, que palidecía unas veces y otras se ruborizaba; aquella hermosa aldeana, mas trabajada por las penas que por los años; las palabras enigmáticas del cabo; las bromas del general, y las sonrisas sardónicas del capitán, debían tener una significación.

Pero más que todo esto le preocupaba á Máximo aquel joven, tan diferente de todos los bretones, por su traje y sus maneras, que estaba sentado entre la joven pálida y la hermosa aldeana.

El día antes le había visto con Juana en la meseta de la torre de Elven.

Parecía estar unido á ella por algun lazo de amistad ó de parentesco.

El conde no acababa de ver claro en medio de tantas oscuridades.

La señora Jacut no faltaba nunca á sus deberes de posadera, y menos cuando había entre sus parroquianos un general y un conde.

Aquel día se multiplicó é hizo que se multiplicaran todos sus criados.

Las diversiones públicas debían empezar á las doce, y una de ellas, llamada «la lucha», consistía en arrancar de las manos de los dos mozos más robustos del país un palo que sujetaba cada uno por un extremo.

Dieron las doce, y todos los comensales de la señora Jacut se posesionaron de la puerta y de las ventanas de la fonda para presenciar la lucha, en la cual debían tomar parte Jacobo y Corentin contra dos aldeanos de Vannes, que eran dos atletas.

Estos asieron fuertemente el palo y se colocaron en actitud de resistir.

Corentin se abrió paso por entre la multitud, que, al verle, rompió en un aplauso, y avanzando hacia los de Vannes, se asió del palo.

Al primer esfuerzo se dejó arrastrar por ellos.

El silencio era tan grande, que hubieran podido contarse los latidos de todos los corazones que esperaban con interés el resultado de la lucha.

Corentin hizo hincapié, y dando un paso hacia atrás, consiguió hacer vacilar á los atletas.

—¡Ahora! gritó Jacobo con vos estentórea.

—¡Ahora! contestó Corentin volviéndose hacia la multitud con el palo en la mano, mientras que por la fuerza de la sacudida rodaban por el suelo sus adversarios.

Un hurra inmenso siguió al triunfo de Corentin.

—Venid á beber conmigo, dijo Jacobo á los vencidos, dándoles la mano para levantarse.

La señora Jacut lloraba de alegría.

Todos los parroquianos de la posada volvieron á sentarse alrededor de las mesas.

—¿Quién ese joven? preguntó el conde de Presle á la señora Jacut señalando á Cláudio.

—Mi Cláudio, contestó la señora Jacut.

—¡Vuestro Cláudio! repuso con extrañeza el marqués.

—Sí, Cláudio Kerandal, el hermano del joven que ha vencido á esos gigantes de Vannes. Acaba de llegar de Paris, donde se ha hecho doctor en medicina.

Santa había variado de sitio, colocándose delante de Cláudio y Catalina, de manera que volvía la espalda al capitán y á Michaud.

Su amor á Estrelles se había desvanecido súbitamente, y el afecto que profesaba á Michaud había sido reemplazado por el convencimiento de que el cabo de gendarmes era su más mortal enemigo.

El señor Lesguidou había hecho á Marta la señal convenida, y, en el momento en que era mayor la concurrencia en el comedor, apareció Juana en el dintel de la puerta.

Cláudio al verla se levantó, y avanzando hacia ella, le dijo:

—¡Qué imprudencia! ¿Por qué habéis abandonado vuestra habitación?

El capitán Estrelles reconoció á la institutriz del hotel de Fontrailles.

—¡Juana Trelan! exclamó.

—¿Os llamais Trelan de apellido? preguntó Cláudio á Juana.

Juana dejó caer la cabeza sobre el pecho.

María Ana se levantó y se acercó lentamente á Juana.

—¿Sois Juana Trelan? le preguntó á su vez. ¡Sois la hija de Noel Trelan!

—Sí, contestó Juana angustiosamente.

María Ana prosiguió:

—Debeis venir de muy lejos. Habreis estado mucho tiempo en camino. Pero... ¡al fin nos encontramos! Os esperaba. Tenía la seguridad de que vendriais. ¿Buscáis á vuestro padre?

Juana sentía el corazón oprimido hasta el punto de estallar.

Presentía una desgracia para ella y para todos los que la rodeaban.

Tenía la conciencia de que iba á representarse allí un drama terrible.

Cláudio, de pié al lado de su madre, con una mano apoyada en la mesa y delante de aquella mujer á quien adoraba, y que iba á perder á toda su familia, contra su voluntad, no se atrevia á hacer el menor movimiento.

El capitán triunfaba.

El Sr. Lesguidou y Michaud miraban fijamente á María Ana, aguzando el oído, para no perder una sola palabra.

El general y el conde presenciaban inmóviles aquella escena sentados en sus sillas, y con la mas viva ansiedad pintada en sus semblantes.

María Ana no veía á nadie mas que á Juana.
Creía estar sola con ella.

—Yo os diré dónde está vuestro padre, dijo con acento solemne á Juana. Está en el fondo de las lagunas de Santa Gilda. ¡Si supiérais cuántas veces he ido á llorar al borde de su tumba! ¡Si, allí está! Nadie ha turbado su sueño.

Yo misma os llevaré á las lagunas para que le encomendemos á Dios en una misma oración.

Hizo una pausa para tomar aliento, y luego prosiguió:

—¡Dichoso él! El duerme y yo no puedo cerrar los ojos. Por donde quiera que miro, veo su sombra. Y no he sido yo quien le he privado de la vida... ¡Os lo juro! El culpable ha sido otro... pero yo no puedo acusarle... Le amaba. ¿Y qué conseguiría con acusarle? ¡Ha muerto también!

Y cubriéndose la cara con las manos, se dejó caer á los piés de Juana.

—Si quereis que muera en paz... ¡perdon! ¡perdon! Juana estaba mas pálida que una muerta.

Miró á Cláudio y le preguntó:

—¿Esta mujer es vuestra madre?

—Sí, la contestó Cláudio con voz balbuciente.

—¿Por qué la habeis traído aquí? ¿No veis que está loca?

El general se volvió hácia Estrelles y le preguntó:

—Capitan, ¿sabeis qué significa esto?

—Esto significa, contestó el capitan mirando á Santa, que no estaba menos pálida que su madre; esto significa que el padre de Juana Trelan ha sido asesinado por un Kerandal hace diez ó doce años, y que este crimen ha quedado impune hasta ahora.

—Y yo digo, exclamó Juana mintiendo heroicamente, que esta mujer está loca.

María Ana se levantó como movida por un resorte.

—¡Loca! murmuró. ¿Quién ha dicho que estoy loca? Os esperaba para pedir os perdon.. y ya habeis llegado. ¡Juro por la salvación de mi alma que todo lo que he dicho es verdad!... Pasó hace muchos años, pero lo recuerdo como si hubiera sucedido ayer. Pedro murió de pena y de vergüenza. Pero Juan y yo sabemos dónde descansa Noel Trelan. ¡Buscadle en el fondo de las lagunas! Allí están los restos de Noel Trelan... de nuestro huésped... El oro robado quema nuestras manos y acabará por devorarnos. ¡Desgraciados de nosotros!

Michaud estaba de pié á uno de los extremos de la habitación.

Ibo y Cláudio, al lado de su madre sin atreverse á levantar los ojos del suelo.

Santa continuaba sentada, cubriéndose la cara con las manos.

Catalina era la única que conservaba su serenidad, mirando alternativamente con indignación á María Ana, á Juana, cuya aparición había provocado aque-

lla tormenta, y al señor Lesguidou, que se sonreía con aire de triunfo.

Pero en nada hubiera empleado sus uñas con mas gusto que en Michaud.

Comprendía que era el cómplice del señor Lesguidou.

María Ana vaciló y cayó desmayada en los brazos de Cláudio.

Michaud miró al Sr. Lesguidou como preguntándole qué debía hacer.

—Es preciso detenerla, le dijo el señor Lesguidou acercándose á él. La justicia debe tomar cartas en este asunto.

Pero en el momento en que Michaud iba á cumplimentar las órdenes del Sr. Lesguidou, apareció Marta, seguida de Jacobo y de Corentin.

Con una palabra, Catalina les había puesto al corriente de todo lo que pasaba.

La escena cambió de aspecto.

—María Ana ha perdido la razon, dijo Catalina... Habla de crímenes... del padre de Juana Trelan, que ha sido asesinado... ¡qué se yo! ¡Infamias!...

—Que la justicia debe poner en claro, repuso Michaud.

Corentin tuvo que apoyarse en el dintel de la puerta para no caer desplomado en tierra.

Todas sus esperanzas se habían desvanecido como una columna de humo.

La mayor de todas las desgracias que podía ocurrirle, había caído sobre él y sobre los suyos como un rayo.

—Ibo, exclamó: Jacobo, vé á enganchar el carruaje, y veremos quién se atreve á volver á hablar de indagaciones, fundándose en las palabras de una pobre loca.

Michaud dió un paso hácia María Ana.

—Os prohibo que toqueis á esa mujer, exclamó Jacobo.

Ibo salió del comedor como un autómata.

Reuniendo sus recuerdos, había comprendido la verdad que encerraban las palabras de su madre.

El había ido á buscar á Noel Trelan á la estación del ferrocarril, hacía diez ó doce años.

El era el único depositario de la cantidad que había dejado su padre despues de pagar todas sus deudas.

Juana Trelan era la justicia de Dios que venía á castigar un crimen tanto mas odioso, cuanto la víctima, además de pariente, era huésped de su asesino.

Michaud no sabía qué hacer.

Era valiente, pero tenía miedo á Jacobo.

Por otra parte, Santa se había levantado y le magnetizaba con sus miradas.

El señor Lesguidou acudió en auxilio de su cómplice.

—Si vos no sabeis qué hacer, dijo, pedid consejo al juez de Elven. El caso es muy grave y no puede quedar así. Buscad también á Juan. Su nombre ha sido pronunciado por María Ana y es preciso interrogarle.

Jacobo se volvió tranquilamente hacia el señor Lesguidou.

—Siempre os he tenido por una víbora, le dijo, y al fin me obligareis á que os aplaste.

El señor Lesguidou se encogió de hombros.

—Nunca he hecho caso de amenazas de bandidos, le contestó. Estamos en el siglo de las luces. Ya no hay señores feudales. Ya no impera la fuerza.

Corentin se acercó á Juana, tan inmóvil que parecía petrificada.

—¿Os llamais Juana Trelan? la preguntó.

—Sí.

—¿Sois hija de Noel Trelan?

—Sí.

—¿Habeis perdido á vuestro padre?

—Sí.

—¿Y nos acusais de su muerte?

Juana miró á Cláudio y murmuró:

—No.

—Gracias, contestó Corentin.

Y con una gravedad que asombró á todos los circunstantes, añadió:

—Sois una Kerendal. No quereis manchar el nombre de vuestra familia.

—Ven, Santa, dijo Cláudio; la fiesta ha terminado para nosotros. No tenemos nada que hacer aquí.

Y cogiendo en brazos á su madre, salió del comedor seguido de Santa.

Juana, al ver salir á Cláudio, sintió que el corazón se le oprimía, comprendiendo que aquella separación sería eterna.

La sangre de su padre les separaba.

Quiso detenerle, pero no se atrevió, y lanzando un grito, cayó desmayada en una silla.

La señora Jacut y Marta, arrepentida del papel que habia desempeñado en aquel terrible drama, la trasportaron á su cuarto.

Cuando Corentin ayudaba á Cláudio á colocar á su madre en el carruaje, llegaban á la posada la marquesa de Fonterose y parte de sus huéspedes.

Nicolasa se acercó consternada á Corentin, y le preguntó:

—¿Qué ha sucedido aquí?

—¡Una desgracia!... Una terrible desgracia.

—Hablad.

—No me preguntéis nada.

—Os lo mando.

—¡Por piedad, señorita!

—Quiero saberlo todo.

—Hay cosas que no pueden decirse.

—Ya os he dicho que lo mando. ¿Os volveis á Penhoet?

—Sí.

—Al anochecer estaré en la Piedra de las Hadas.

—Alla iré, murmuró Corentin.

Aún no había salido de Elven el carruaje que conducía á María Ana y á Santa, cuando llegó el juez del distrito á la posada de *El Condestable*.

Mientras Nicolasa hablaba con Corentin, Roger se había enterado de la acusación que pesaba sobre los Kerandal.

—¿Qué habeis podido averiguar? le preguntó la señorita de Fonterose.

—No me atrevo á deciros lo que me han contado, si vos no me lo mandais.

—Os lo mando, le contestó Nicolasa con cierta sequedad.

—Dicen que los Kerandal han asesinado á uno de sus parientes.

—Es mentira.

—Dicen que fué para robarle.

—¡Calumnial

—Yo os digo lo que me han contado.

—Entremos, dijo Nicolasa apeándose y dando la brida del caballo al lacayo que la acompañaba.

Roger la imitó.

El juez de paz acababa de sentarse delante de la mesa en que habían almorzado los Kerandal.

El general, el capitán y el conde, permanecían en su sitio.

Michaud les había dicho que no podían salir de la posada sin autorización del juez.

El señor Lesguidou se sentó delante del juez después de pedir papel y pluma á la señora Jacut, y se puso á escribir al dictado.

—Decíamos que la señora María Ana Kerandal, de Penhoet, confiesa que uno de los suyos, su difunto marido probablemente, asesinó al señor Noel Trelan, primo suyo.

Al oír el nombre de Trelan, prestó atención Ambares.

El juez de paz añadió.

—Esta confesión fué provocada por la presencia, que ella no preveía, de una joven llamada Juana Trelan, hija de la víctima, la cual se halla accidentalmente en la posada de la señora Jacut.

Roger palideció.

Juana estaba allí... bajo el mismo techo que él... á algunos pasos nada más.

El juez continuó dictando, pero el señor Lesguidou era quien verdaderamente redactaba aquellas primeras diligencias judiciales, no omitiendo, como testigo de *vista*, ninguna circunstancia que hiciera más agravante la situación de María Ana.

Cuando llegó á la afirmación de que Juan, el guarda, conocía el sitio en que había sido arrojado el cadáver de Noel Trelan, precisó por sí mismo los puntos que debían ser reconocidos.

Aquel hombre, mas venenoso que una serpiente además del odio, estaba estimulado por el miedo.

Lo único que podia ganar en aquel negocio, de no tener los resultados que esperaba, era una bala perdida al pasar por el bosque.

Las palabras de Jacobo resonaban todavia en sus oídos.

—¡Vibora, yo te aplastaré! habia dicho, menospreciando al cuerpo de gendarmes en la persona de Michaud, y al ejército representado por el general y el capitán.

A medida que la esperanza del triunfo se alejaba, el señor Lesguidou veia mas clara la situación, y á pesar de su fuerza de voluntad temblaba.

Terminada la indagatoria, el señor Lesguidou la leyó con voz trémula á los circunstantes.

La señorita de Fonterose la oyó sin pestañear.

El juez, despues de terminar la lectura, invitó á los circunstantes á que autorizasen el documento con sus firmas.

—Hay una cuestión prévia que deben resolver los médicos, dijo el conde de Presle. Si esa mujer está loca, sus palabras no tienen valor alguno.

—La verdadera cuestión prévia, repuso el señor Lesguidou, consiste en buscar el cadáver de Noel Trelan en el sitio señalado. Juan, el guarda, debe auxiliar á los gendarmes en esta primera investigación.

El juez mandó que se hiciera así, retirándose seguidamente, porque, en realidad, le interesaban mas los huéspedes que le esperaban en su casa, que el esclarecimiento de aquel asunto.

Nicolasa se acercó al general y le preguntó:

—General, ¿habeis visto á esa joven?

—¿A la señorita Trelan?

—Sí. ¿Qué clase de mujer es?

—Es una mujer adorable. Yo la conocia ya.

—¿Dónde la habeis visto?

—En casa de los barones de Fontrailles, donde ejercia el modesto cargo de institutriz.

Máximo parecia hondamente preocupado.

Preveía las consecuencias que aquel suceso iba á producir en los proyectos de Roger de Ambares.

Delante de la posada se habian formado algunos grupos de curiosos.

—No ha sido nada, decia en alta voz la señora Jacut. Todo se ha reducido á un rapto de locura de María Ana Kerandal. ¡Pobre mujer!

Los grupos se fueron deshaciendo poco á poco, y la calma se restableció en la posada.

Sin embargo, la señora Jacut estaba desesperada, tanto por lo que le afectaba la desgracia de sus amigos, cuanto por la pérdida que revelaba para ella el trágico desenlace de la romería.

Por de pronto, su querido Cláudio tomaria el camino de París avergonzado, y no le volveria á ver:

¡Pobre Cláudio!

También el conde de Presle, que había ido á Breña en busca de impresiones, empezaba á creer que los sucesos habían ido demasiado lejos.

Sólo marchaban los acontecimientos á gusto del capitán Estrelles.

Su ódio estaba satisfecho.

—Creo que debemos volver al castillo, dijo Roger, para quien la presencia de Juana en la posada constituía un verdadero peligro.

—Soy de vuestra misma opinión, repuso el general.

El capitán consultó el semblante de Nicolasa.

—Un momento, general, dijo la señorita de Fonterose.

Y llamando á Marta, añadió:

—Quisiera ver á la señorita Trelan.

Roger cambió de color.

Máximo no hubiera dado en aquel momento un franco por el dote que esperaba su amigo para liquidar sus cuentas.

30563

M 567u

